

Se desnuda completamente delante de mí. No me lo esperaba. Pensaba que yo me quitaría la ropa y él permanecería vestido. Tanto mejor. Ya tiene los pezones duros y una media erección. Su polla es delgada, con glande agudo y, vista desde mi posición, ligeramente levógira.

En el pecho lleva el tatuaje de un pan, que por su forma es más parecido a la hogaza que al integral cuadrado. Poco a poco mi respiración se va calmando. Suelo acostumbrarme rápidamente a situaciones insólitas. Cruzo los brazos detrás de la cabeza y me quedo observándolo. Parece muy activo y feliz. Por lo visto no tengo que hacer nada más que estar tumbada. A ver.

Sale del cuarto y vuelve con una lámpara de minero encendida en la frente. No puedo menos de reírme y le digo que se parece a un cíclope. Es un tema que acabamos de tratar en el instituto. Secunda mi risa.

Echa un cojín en el suelo y se arrodilla encima, dice que no quiere que le salgan callos en las rodillas. Después moja ambas manos en el agua caliente y empieza a frotar mis piernas. Ya. Primero por abajo, para hacerme entrar en calor.

Después las rocía con espuma de afeitar que va repartiéndola. Moja la maquinilla en el agua y empieza a arrastrarla sobre mi pierna, trazando una carrera larga de arriba abajo que deja una franja sin espuma. Así va avanzando, carrera por carrera, como cuando se corta el césped. Después de cada recorrido sacude la maquinilla bajo el agua, en cuya superficie flotan pelillos y manchas de espuma. En

un pispás las piernas están libres de vello. Me dice que deje los brazos tal cual. O sea que ahora les toca a los sobacos. Jolín. Quiero que me afeite el chocho. Pero a lo mejor no entra en sus planes.

Me moja ambas concavidades con agua, luego me echa esa cosa que parece nata de spray. En los sobacos le cuesta más porque los pelos ahí son muy largos. Tiene que pasar varias veces por el mismo lugar para quitarlos todos. Como mis axilas son bastante profundas, estira la piel en distintas direcciones para conseguir una superficie plana lista para afeitar. Su lámpara de minero proyecta un cono de luz sobre mi cuerpo. Cuando se acerca más para mirar atentamente, el cono se reduce y se vuelve más claro. Si se aleja con la vista, ilumina un área más extensa pero la luz queda escuálida. El cono enfoca exactamente el punto que está mirando y su luminosidad indica con qué precisión mira en cada momento. A menudo veo el coño, quiero decir el cono, sobre mis tetas, más sobre la derecha con su pezón bífido. También sobre mi coño. Todavía no me ha cegado, parece que la cara no le interesa. Cuando todo está liso, me echa, con la mano ahuecada, agua del barreño en los sobacos para quitar la espuma. Luego me seca, mejor dicho, me enjuga delicadamente con las puntas de los dedos. Nos miramos sonriéndonos.

—Ahora sí —le digo, palmoteando mi chocho peludo.

—Hmmm.

Se moja ambas manos y humedece una zona extensa de mi bajo vientre. Desde el ombligo hasta la parte superior de los muslos, luego desde los labios de la vulva hasta el ano y el comienzo de la raja del culo. La coliflor la mira con lupa. Una carrera de obstáculos para la afeitadora. Después me echa espuma sobre las partes mojadas, lo que me produce cierta vibración en los labios (de abajo).

Grrrrrr. Masajea un poco la piel con la espuma y coge la maquinilla. Empieza por los muslos. Va quitando los pelos púbicos que crecen en dirección a las piernas. Luego pone la maquinilla debajo del ombligo y se detiene. Se reclina un buen trozo para tener una mejor visión de conjunto del área, frunce el ceño con aire pensativo y dice todo serio:

—Me gusta que el vello llegue hasta esta altura. Lo voy a dejar así y quitaré sólo por los lados, de modo que nos quede una franja larga y oscura hasta la raja. A partir de allí y hasta detrás lo quitamos todo.

Cuando habla no me mira a los ojos sino que da la impresión de que le está hablando a mi chocho.

Que le contesta:

—De acuerdo.

Corta otra tira de césped por ambos lados, de manera que el peinado resultante parece una ojiva invertida que señala el punto donde se abre el telón de las medias lunas. Ahora les llega el turno a éstas. Mete la cabeza entre mis piernas. Así es como mejor puede iluminar el chocho, que debe de resplandecer como una farola peluda y estar al rojo vivo por dentro. Afeita con cuidado las medias lunas. Las aparta hacia los lados para poder tratar también la parte interior. Desdobla todos los pliegues, repasa una y otra vez todos los resquicios. Hasta que la espuma ha desaparecido completamente. Quiero que me folle. Seguro que acabará haciéndolo una vez que el afeitado termine. Un poco de paciencia, Helen. Me dice que deje las piernas separadas pero que arrime las rodillas al cuerpo para que pueda llegar al culo. Pregunta si ese bulto en el ano duele.

—No, no. Sólo son almorranas prolapsadas. Puedes pasar por encima, creo, con cuidado.

Detrás hay mucho menos pelo que delante. Recorre varias veces con la maquinilla la raja del culo de arriba aba-

jo y una sola vez el periné, trazando un círculo entero. Fin de la operación. De nuevo me echa gotas de agua del barreño, que ya no está caliente, y me las seca con suavidad. El afeitado de las rendijas ha incentivado la producción mucosa de mi chocho, que ahora se mezcla con el agua y que Kanell seca igualmente. Pero enseguida vuelve a chorrear mucosidad con renovadas fuerzas.

—¿Quieres follarme ahora?

—No, eres demasiado joven para mí.

Tranquila, Helen, tranquila. Si no, la hermosa sensación de los bajos se va a la mierda.

—Lástima. ¿Me dejas que me folle yo? ¿O quieres que me vaya a mi casa para correrme?

—Puedes hacerlo aquí. No tengo ningún inconveniente.

—Dame la maquinilla.

La sostengo por el cabezal y me meto el mango en el coño húmedo. No está tan frío como me esperaba. Se ve que las manos de Kanell lo han ido calentando.

Lo voy metiendo y sacando con ritmo y sabor. Se siente como si fuera el dedo de un catorceañero. El bastón de Hansel. Lo restriego con fuerza creciente entre los labios de la vulva. Es el mismo movimiento que se hace al cortar pan o serrar madera. Adelante y atrás, adelante y atrás. Cada vez más para dentro.

Kanell me observa.

—¿Puedes ponerme la lámpara en la cabeza? Quiero iluminarme.

Me coloca la cinta de goma en la cabeza dejándome la lámpara en el centro mismo de la frente. Me miro el chocho bajo el rayo destellante de la luz. Kanell sale del cuarto. ¡Joooder!, qué cachonda me he puesto con el afeitado. Dejo la maquinilla sobre el vientre y me acaricio con las dos manos los labios de la vulva, lisamente rasurados, pe-

ladísimos. Qué blandos son, ¡Ave María impurísima! Blandos como la cabritilla, blandos como mis huesos de aguacate. Tan blandos que apenas los siento ya con mis dedos. Froto cada vez más fuerte. Y me corro.

¿Y ahora qué? Estoy sudada y sin aliento. Hace mucho calor aquí. ¿Dónde se ha metido Kanell? Me visto. Siento aún más calor. Kanell entra. Le pregunto:

—¿Quieres repetirlo alguna vez?

—Con mucho gusto.

—¿Cuándo?

—Todos los sábados después de tu trabajo.

—Vale. Así siempre tendré una semana para dejarme crecer el pelo a tope para que me lo cortes. Haré lo que pueda. Hasta luego.

Fue la primera vez que me depilé. O que me depilaron. Quiero decir, mi primer afeitado. A veces Kanell no abre. O no está. Entonces tendría que ir dos semanas sin afeitar y con esos cañones como de barba. Me parece feo. O completamente afeitada o totalmente peluda. Además, empieza a picar con ganas. Por lo tanto tengo que actuar yo si él no lo hace. Aunque no lo hago ni muchísimo menos tan bien como él, con tanta parsimonia y tanto cariño.

Afeitarme yo misma es un tostón, soy una chica mimada en lo que a eso se refiere. Estoy acostumbrada a que me lo hagan. Creo que si los hombres quieren mujeres sin vello deberían hacerse cargo del afeitado en vez de dejarles todo el trabajo a ellas. Sin los hombres, a las mujeres les daría completamente igual ir peludas o no. Si ambos se afeitaran unos a otros como más les guste, tendrían el mejor preludeo que pudiera imaginarse. Y cada uno conseguiría en el otro el peinado que más cachondo le pusiera. Mejor que tanto deseo callado y tanta explicación mutua. Eso sólo genera disgustos.

Yo lo hago a lo bestia. Me afeito muy rápido, volando, paso la cuchilla por todas partes y me dejo la piel como si me hubiera revolcado por un campo de rastrojo. Después suelo quedar sangrando y los cañones abiertos se me inflaman. Cuando Kanell me ve así, me regaña por tanto auto-maltrato. Es algo que no soporta. Pero no soy ni de lejos tan brutal conmigo misma como lo fue la persona que me afeitó el culo antes de la operación.